

señora Cibot no puede *cuidag* á mi amigo, no podré *deja*gle en el estado en que se halla...

—La señora Cibot nos decía que se volvía loco—repuso Jolivart.

—¿Pons loco?—exclamó Smuke lleno de terror.—Nunca ha tenido tan sano el juicio... y eso es lo que me inquieta por su salud.

Todas las personas que componían el grupo escuchaban esta conversación con una curiosidad muy natural, conversación que quedó grabada en la memoria de todos. Smuke, que no conocía á Fresal, no pudo fijarse en aquella cabeza satánica y de ojos brillantes. Fresal, diciendo dos palabras al oído de la Cibot, había sido el autor de aquella atrevida escena, tal vez superior á las fuerzas de la Cibot, pero que ella había representado con magistral superioridad. Hacer pasar al moribundo por loco era una de las piedras angulares del edificio construído por el hombre de leyes. El incidente de la mañana había servido mucho á Fresal; y sin él tal vez la Cibot, en su turbación, se hubiese desmentido, en el momento en que el inocente Smuke fué á tenderle un lazo, rogándola que llamase al enviado de la familia Camusot. Remonencq, que vió venir al doctor Poulain, no deseaba otra cosa que desaparecer. He aquí por qué:

CAPITULO XXIV

Las astucias de un testador

Hacia diez días que Remonencq desempeñaba el papel de Providencia, lo cual desagradaba singularmente á la justicia, cuya pretensión es representarla ella sola. Remonencq quería desembarazarse á toda costa del único obstáculo que se oponía á su dicha. Para él la dicha consistía en casarse con la apetitosa portera, y triplicar sus capitales. Ahora bien, Remonencq, al saber que el sastrecillo tomaba tisana, tuvo la idea de convertir su indisposición en una enfermedad mortal, y su estado de tratante en hierros viejos le procuró los medios.

Una mañana, mientras fumaba su pipa con el hombro apoyado en el quicio de la puerta de su tienda, y soñaba con aquel hermoso almacén situado en el bulevar de la

Magdalena, donde reinaría la señora Cibot, regiamente vestida, sus ojos se fijaron en una rodaja de cobre muy oxidada. La idea de limpiar económicamente la rodaja en la tisana de Cibot, se le ocurrió de repente. Ató aquel cobre, redondo como un duro, con una cuerdecita; y mientras que la Cibot estaba ocupada con sus señores, iba todos los días á tener noticias de su amigo el sastre. Durante esta visita de algunos instantes, remojaba la rodaja, y al irse la dejaba colgando del hilo. Este ligero aumento del cobre cargado de su óxido, llamado comúnmente cardenillo, introdujo secretamente un principio pernicioso en la bienhechora tisana; pero en proporciones homeopáticas, lo que causó estragos incalculables. He aquí cuáles fueron los resultados de esta homeopatía criminal. Al tercer día, los cabellos del pobre Cibot cayeron, los dientes temblaron en sus alvéolos, y la economía de aquella organización fué turbada por esta imperceptible dosis de veneno. El doctor Poulain se volvía loco al ver el efecto de aquella decocción, pues era bastante sabio para conocer la acción de un agente destructor. Se llevó la tisana sin que nadie lo supiese, y verificó él mismo el análisis; pero no encontró nada en ella. La casualidad quiso que aquel día Remonencq, asustado de su obra, no introdujese la fatal rodaja. El doctor Poulain se disculpó consigo mismo y con la ciencia, suponiendo que, á causa de una vida sedentaria en una portería húmeda, la sangre de aquel sastre acurrucado ante una mesa y una ventana con cristales, había podido descomponerse por falta de ejercicio y sobre todo á causa de la perpetua aspiración de las emanaciones de un arroyo fétido. La calle de Normandía es una de esas viejas calles de cuesta, donde la ciudad de París no ha puesto aún cloacas, y cuyo arroyo negro arrastra penosamente las aguas sucias de todas las casas, que se infiltran por el adoquinado y producen un barro particular á la villa de París.

La Cibot salía y entraba, mientras que su marido, trabajador intrépido, estaba siempre ante aquella ventana. Las rodillas del sastre eran angulosas, la sangre se fijaba en el busto, y las piernas, delgadas y torcidas, eran miembros casi inútiles. De modo que el tono cobrizo muy pronunciado de Cibot, parecía naturalmente enfermizo desde hacía mucho tiempo. La buena salud de la mujer y la enfermedad del marido, pareció al doctor un hecho muy natural.

—¿Cual es, pues, la enfermedad de mi pobre Cibot?—había preguntado la portera al doctor Poulain.

—Mi querida señora Cibot—respondió el doctor,—muere de la enfermedad de los porteros. Su caquexia general anuncia un incurable vicio de la sangre.

Un crimen sin objeto, sin ningún provecho, sin ningún interés, acabó por borrar de la mente del doctor sus primeras sospechas. ¿Quién podía desear la muerte de Cibot? ¿su mujer? el doctor había visto á la Cibot probar la tisana al ponerle azúcar. Un gran número de crímenes se escapan á la venganza de la sociedad, y son generalmente los que se cometen, como el de que tratamos, sin las horribles pruebas de una violencia cualquiera: la sangre derramada, la estrangulación, los golpes, en fin, los procedimientos torpes; pero sobre todo cuando el asesinato no tiene interés aparente y ha sido cometido en las clases inferiores. El crimen es siempre denunciado por la lucha antes, por odios, por avidedez visibles, de las que están instruidas las gentes con quienes se vive. Pero en las circunstancias en que se encontraban el sastrecillo, Remonencq y la Cibot, nadie tenía interés en buscar la causa de la muerte, excepto el médico. Este portero enfermizo, cobrizo, sin fortuna y adorado por su mujer, no poseía bienes ni enemigos. Las causas y la pasión del anticuario se ocultaban en la sombra también, como la fortuna de la Cibot. El médico conocía á fondo á la portera y sus sentimientos, la creía capaz de atormentar á Pons; pero sabía que no tenía fuerzas ni interés para cometer un crimen. Por otra parte, bebía una cucharada de tisana todas las veces que el doctor venía y que ella daba de beber á su marido. Poulain, el único que podía adivinarlo todo, creyó en alguna rareza de la enfermedad, en una de esas asombrosas excepciones que hacen de la medicina un oficio tan peligroso. En efecto: el sastrecillo se encontró desgraciadamente, á causa de su existencia achaparrada, en condiciones tales de mala salud, que aquella imperceptible adición de óxido de cobre debía causarle la muerte. Las comadres y los vecinos se portaban de manera favorable para Remonencq, justificando aquella muerte repentina.

—¡Ah!—exclamaba uno,—ya decía yo hace tiempo que Cibot no iba bien.

—¡Trabajaba demasiado ese hombre!—respondía otro—se ha quemado la sangre!

—¡No quería escucharme!—exclamaba un vecino,—le aconsejaba que pasease los domingos, y que hiciese fiesta el lunes, pues no es demasiado divertirse dos días á la semana.

En fin, el rumor del barrio, tan delatador y escuchado por el comisario de policía, ese rey del corral, explicaba perfectamente la muerte del sastrecillo. No obstante el aire pensativo y los inquietos ojos del señor Poulain azoraban mucho á Remonencq; así que, al ver venir al doctor, se propuso él con apresuramiento á Smuke para ir á buscar al señor Trognon, á quien conocía Fresal.

—Volveré cuando se esté haciendo el testamento—dijo Fresal al oído de la Cibot,—y á pesar de su dolor, tiene usted que velar por sus intereses.

El procuradorcillo, que desapareció con la rapidez de una flecha, encontró á su amigo el médico.

—¡Eh! Poulain—exclamó,—todo va bien. ¡Estamos salvados... Ya te diré cómo. Busca la plaza que te convenga, ¡la tendrás! ¡Y yo seré juez de paz! Tabareau no me negará ya su hija... Respecto á ti, me encargo de casarte con la señorita Vitel, la hija de nuestro juez de paz.

Fresal dejó á Poulain con la estupefacción que le causaron aquellas pocas palabras, y saltó por el bulevar como una pelota; hizo signo á un ómnibus de que se detuviese, y en diez minutos fué llevado por este coche moderno á la altura de la calle Choiseul. Serían próximamente las cuatro de la tarde, y Fresal estaba seguro de encontrar sola á la presidenta, pues los magistrados no dejan la audiencia antes de las cinco.

La señora de Marville recibió á Fresal con una distinción que probó que, según su promesa, el señor Lebœuf había hablado favorablemente del antiguo procurador de Mantes. Amelia estuvo casi acariciadora con Fresal, como lo debió estar la condesa de Montpensier con Jacobo Clemente, pues aquel procuradorcillo era su cuchillo. Pero cuando Fresal presentó la carta colectiva en la cual Elías Magus y Remonencq se comprometían á tomar completa la colección de Pons por la suma de novecientos mil francos, pagados al contado, la presidenta lanzó al hombre de negocios una mirada en la que brillaba la suma. Aquello fué una tela de avaricia que cubrió también hasta al procurador.

—El señor presidente—le dijo ella—me ha encargado

que le invite á usted á comer mañana; estaremos en familia. Tendremos por convidados al señor Godeschal, sucesor de nuestro procurador Desroches; á nuestro notario Berthier, mi yerno y mi hija... Después de comer, tendremos usted y yo con el notario y el procurador la pequeña conferencia que me ha pedido usted, en la que le entregaré nuestros poderes. Como usted exige, esos señores seguirán las inspiraciones de usted, y velarán porque *todo eso* vaya bien. Tendrá usted la procuración del señor Marville cuando la necesite.

—La necesitaré el día del fallecimiento...

—Estará lista.

—Señora presidenta, si pido una procuración, quiero que su procurador no figure en ella, más bien en interés de usted que mío. Cuando yo me entrego, lo hago completamente. Así que, señora, pido en cambio la misma fidelidad, la misma confianza á mis protectores, pues no me atrevo á llamarles mis clientes. Puede usted creer que obrando así lo hago para tener más seguro el negocio; no, no, señora, si se cometiesen cosas reprobables... pues en materia de herencias uno es arrastrado... sobre todo por un peso de novecientos mil francos... pues bien, ustedes no pueden desaprobarme á un hombre como el señor Godeschal, la probidad misma; pero pueden echarlo todo encima de las espaldas de un mal hombrecillo de negocios...

La presidenta miró á Fresal con admiración y le dijo:

—Usted debe llegar á un sitio muy elevado ó muy bajo. En su lugar, en vez de ambicionar esa plaza de juez de paz, querría ser fiscal... ¡de Mantes! y hacer así un gran camino.

—¡Déjeme usted hacer, señora! La fiscalía es un caballo de sacerdote para el señor Vitel, y yo haré de ella un caballo de batalla.

La presidenta fué llevada de este modo á su última confianza con Fresal.

—Me parece usted tan adicto á nuestros intereses—le dijo,—que voy á iniciarle en las dificultades de nuestra posición y de nuestras esperanzas. El presidente, antes de proyectar el matrimonio de su hija con un ingrato que después se ha hecho banquero, deseó vivamente aumentar la tierra de Marville con varios terrenos que estaban entonces en venta. Nos hemos despojado de esa magnífica pose-

sión para casar á nuestra hija, como usted sabe; pero como mi hija es única, deseo vivamente adquirir esos terrenos. Esas magníficas praderas han sido ya vendidas en parte y pertenecen á un inglés que se va á su país, después de haber vivido en ellas durante veinte años: ha construido el coto más encantador en un sitio delicioso situado entre el parque de Marville y los prados que dependían antes de las tierras; y ha comprado para hacerse un parque, pradecillos, bosquecillos y jardines á precios locos. Esta posesión, con sus dependencias, forma fábrica en el paisaje, y está contigua á los muros del parque de mi hija. Podría uno obtener la posesión y las tierras por setecientos mil francos, pues los prados producen veinte mil francos limpios. Pero si el señor Wadmann sabe que somos nosotros quienes lo compramos, querrá, sin duda, doscientos ó trescientos mil francos más, porque él los pierde si, como se hace en asuntos rurales, no se cuenta la casa para nada.

—Pero, señora, según mi parecer, puede usted considerar tan segura la herencia como suya, que me ofrezco á hacer el papel de comprador en provecho de usted, y me encargo de adquirir las tierras por el menor precio posible... Me presentaré al inglés en esta condición. Conozco sus asuntos, eran mi especialidad en Mantes. Vatinelle habla doblado el valor de su estudio, pues yo trabajaba en su nombre.

—De ahí nacen sus relaciones con la pequeña señora Vatinelle. Ese notario debe ser muy rico.

—La señora Vatinelle gasta mucho... De modo que, señora, esté tranquila, le serviré el inglés cocido á punto...

—Si lo consigue usted, tendrá usted derecho eterno á mi agradecimiento... Adiós, mi querido señor Fresal. Hasta mañana...

Fresal salió saludando á la presidenta con menos servilismo que la última vez.

—¡Mañana como en casa del presidente Marville!...—se decía Fresal.—Vamos, ya tengo á esas gentes. Únicamente que para ser dueño absoluto del negocio, sería preciso que yo fuese el consejero de ese alemán, en la persona de Tabareau, del alguacil de la fiscalía. Ese Tabareau, que me niega su hija única, me la dará si soy juez de paz. La señorita Tabareau, esa solterona roja y tísica, es propietaria, por parte de su madre, de una casa situada en la plaza Real;

seré, pues, elegible. A la muerte de su padre tendrá muy bien unos seis mil francos más de renta. No es hermosa; pero, ¡Dios mío! para pasar de cero á diez y ocho mil francos de renta, no es preciso tener escrúpulos.

Y mientras volvía por los bulevares á la calle de Normandía, se dejaba llevar de estos sueños dorados. Se dejaba llevar de la dicha de estar ya fuera de la miseria; pensaba en casar á la señorita Vitel, la hija del juez de paz, con su amigo Poulain. Se veía, de acuerdo con el doctor, uno de los reyes del barrio; dominaría las elecciones municipales, militares y políticas. Los bulevares parecen estrechos cuando al pasearse, pasea uno de este modo su ambición caballero de la fantasía.

Cuando Smuke subió al lado de su amigo, le dijo que Cibot estaba moribundo, y que Remonencq había ido á buscar al notario Trognon. A Pons le chocó este nombre, que la Cibot pronunciaba con tanta frecuencia en sus interminables discursos, recomendándose como la probidad misma. Y entonces el enfermo, cuya desconfianza se había desarrollado casi completamente desde por la mañana, tuvo una idea luminosa que completó el plan formado por él para burlar á la Cibot, y presentarla tal cual era á los ojos de Smuke.

—Smuke—dijo cogiendo por la mano al pobre alemán, atontado por tantas nuevas y acontecimientos,—debe reinar gran confusión en la casa; si el portero está á la muerte, nos dejarán libres algunos instantes, es decir, sin espías, pues nos espían, ¡estoy seguro! Sal, toma un coche, vete al teatro y dile á la señorita Eloisa, la primera bailarina, que quiero verla antes de morir, y que venga á las diez y media. De allí irás á casa de tus dos amigos Schwab y Brunner y les rogarás que vengan mañana, á las nueve de la mañana, á pedir noticias mías, fingiendo pasar casualmente...

He aquí cuál era el plan forjado por el viejo artista, al sentirse morir. Quería enriquecer á Smuke instituyéndole su heredero universal; y para sustraerle á todas las trampas posibles, se proponía dictar su testamento á un notario en presencia de testigos, con objeto de que no supusiesen que carecía de razón, y para quitar á los Camusot todo pretexto de atacar sus últimas disposiciones. El nombre de Trognon le hizo entrever alguna maquinación, creyó en algún vicio de forma concertado de antemano, en alguna infidelidad

premeditada por la Cibot, y resolvió servirse de Trognon para que le dictase un testamento ológrafo, que él ocultaría y encerraría en un cajón de su cómoda. Contaba hacerle ver á Smuke, escondiéndolo en alguno de los gabinetes de su casa, á la Cibot apoderándose de aquel testamento, abriéndolo, leyéndolo y volviéndolo á cerrar. Después, al día siguiente, á las nueve de la mañana, quería destruir aquel testamento ológrafo, con otro ante notario, en regla é indiscutible. Cuando la Cibot le trató de loco y de visionario, reconoció en ello el odio, la venganza y la codicia de la presidenta; pues el pobre hombre, en la cama hacía dos meses, durante sus insomnios, durante sus largas horas de soledad, había repasado los acontecimientos de su azarosa vida.

Los escultores antiguos y modernos han colocado frecuentemente de cada lado de la tumba sendos genios que sostienen antorchas encendidas. Estas luces alumbran á los moribundos el cuadro de sus faltas, de sus errores, iluminándoles al mismo tiempo los caminos de la muerte. La escultura representa grandes ideas con esto y formula un hecho humano. La agonía tiene su sabiduría. Frecuentemente se ve á jóvenes en la edad más tierna razonar como centenarios, convertirse en profetas, juzgar á su familia, no ser juguete de ninguna farsa. Es la poesía de la muerte. Pero ¡cosa rara y digna de notarse! se muere de dos maneras diferentes. Esta poesía de la profecía, este don de ver el pasado ó el porvenir, pertenece solamente á los moribundos cuya carne es lo único enfermo, que perecen por la destrucción de los órganos de la vida corporal. Así, los seres atacados por la gangrena, como Luis XIV; los tísicos, los enfermos que perecen como Pons por la fiebre, como la señora de Mortsaufr por el estómago, ó como los soldados por heridas recibidas en el vigor de la vida, éstos gozan de esa lucidez sublime, y tienen muertes admirables; mientras que las gentes que mueren, por decirlo así, á causa de enfermedades *inteligenciales*, cuyo mal está en el cerebro, en el aparato nervioso que sirve de intermediario al cuerpo, para alimentar el combustible del pensamiento, todos estos mueren por completo. En éstos, el espíritu y el cuerpo se oscurecen á la vez. Los unos, almas sin cuerpo, realizan los espectros bíblicos; los otros son cadáveres. Este hombre virgen, este glotón Catón, este justo casi sin pecado, penetró tardíamente en las

bolsas de hiel que componían el corazón de la presidenta. Adivinó el mundo cuando estaba á punto de dejarlo. De modo que desde hacía algunas horas, había tomado alegremente su partido, como un artista gozoso para quien todo es criticable y propenso á la burla. Los últimos lazos que le unían á la vida, las cadenas de la admiración, los nudos poderosos que unían al conocedor con las obras de arte, acababan de ser rotos aquella mañana. Al verse robado por la Cibot, Pons se había despedido cristianamente de las pompas y vanidades del arte, de su colección, de sus amistades por los creadores de tantas cosas hermosas, y quiso únicamente pensar en la muerte, al igual de nuestros antepasados que la consideraban como una de las fiestas del cristiano. En su ternura por Smuke, Pons trataba de protegerle desde el fondo de su tumba. Este pensamiento paternal fué la razón de que escogiera á la primera bailarina para que le ayudase contra las perfidias que le rodeaban, y de las que no se libraría tal vez su legatario universal.

Eloísa Brisetout era una de esas naturalezas que permanecen puras en una posición falsa, capaz de todas las bromas posibles contra sus paganos adoradores, una hija de la escuela de las Jenny Cadine y de las Josefás; pero buena compañera y sin temor á ningún poder humano, á fuerza de verlos todos débiles, y acostumbrada como estaba á luchar contra los sargentos de la villa en el baile poco campestre de Mabile y por carnaval.

—Si ha hecho que den mi plaza á su protegido Garangeot, se creará más obligada á servirme—se dijo Pons.

Smuke pudo salir sin ser notado, á causa de la confusión que reinaba en la portería, y volvió con la mayor rapidez posible para no dejar mucho tiempo solo á Pons.

El señor Trognon llegó al mismo tiempo que Smuke para hacer el testamento. Aunque Cibot estaba á la muerte, su mujer acompañó al notario, lo introdujo en el dormitorio, y se retiró sin que se lo indicasen, dejando juntos á Smuke, á Trognon y á Pons; pero se apoderó de un espejito de mano curiosamente trabajado, y tomó posición en la puerta, que dejó entreabierta. De este modo, no sólo podía oír todo lo que dijese, sino que vería todo lo que pasara en aquel momento supremo para ella.

—Señor—dijo Pons,—conservo desgraciadamente todas mis facultades, pues siento que voy á morir; y tal vez por la

voluntad de Dios no me será ahorrado ninguno de los sufrimientos de la muerte... El señor Smuke.

El notario saludó al alemán.

—Es el único amigo que tengo en la tierra—dijo Pons,—y quiero instituirle mi heredero universal; dígame qué forma debe tener el testamento para que mi amigo, que es alemán, y que no conoce nuestras leyes, pueda recoger mi herencia sin ninguna protesta.

—Siempre se puede protestar todo, señor—dijo el notario;—es el único inconveniente de la justicia numana. Pero en materia de testamento, es inatacable...

—¿Cuál?—preguntó Pons.

—Un testamento hecho ante notario, en presencia de testigos que certifiquen que el testador goza de todas sus facultades intelectuales; y si el testador no tiene mujer, ni hijos, ni padre, ni madre, ni hermanos...

—No tengo nada de eso, todos mis afectos se hallan concentrados en la cabeza de mi querido amigo Smuke que está presente...

Smuke lloraba.

—Si no tiene usted, pues, más que colaterales lejanos, como la ley le deja disponer libremente de sus muebles é inmuebles, si no los lega usted con condiciones que repugnen á la moral, pues usted debe haber visto testamentos atacados á causa de la extravagancia de los testadores, un testamento ante notario es inatacable. En efecto, la identidad de la persona no puede ser negada, el notario ha comprobado el estado de su razón, y la firma no puede dar lugar á ninguna discusión... Sin embargo, un testamento ológrafo, hecho en toda regla y claro, es también poco discutible.

—Me decido, por razones que me callo, á escribir bajo su dictado un testamento ológrafo y á confiarlo á mi amigo aquí presente... ¿Se puede hacer eso?

—Está muy bien—dijo el notario.—¿Quiere usted escribir? voy á dictarle...

—Smuke, dame mi pequeña escribanía de Boule. Señor, dicte usted bajo, porque—añadió—pueden escucharnos.

—Ante todo, dígame usted cuáles son sus intenciones—dijo el notario.

Al cabo de diez minutos, la Cibot, á quien Pons entreveía en un espejo, vió sellar el testamento, después que el notario lo hubo examinado mientras Smuke alumbraba con

una vela; después Pons se lo entregó á Smuke, diciéndole que lo pusiese en un escondite de su secreter. El testador pidió la llave del secreter, hizo un nudo con ella en su pañuelo y la colocó debajo de su almohada. El notario, nombrado por cortesía albacea testamentario, y á quien Pons dejaba un cuadro de precio, una de esas cosas que la ley permite que se den á un notario, salió, y encontró á la Cibot en el salón.

—Y bien, señor, ¿ha pensado en mí el señor Pons?

—No espere usted, querida mía, que un notario traicione los secretos que le son confiados—dijo el señor Trognon;—todo lo que puedo decirle es que habrá muchas codicias engañadas y muchas esperanzas fallidas. El señor Pons ha hecho un hermoso testamento lleno de buen sentido, un testamento patriótico que yo apruebo con toda mi alma.

No se puede uno figurar el grado de curiosidad á que llegó la Cibot estimulada por tales palabras. Bajó á la portera y pasó la noche al lado de Cibot, prometiéndose hacer que le reemplazase la señorita Remonencq é ir á leer el testamento entre dos y tres de la madrugada.

CAPITULO XXV

El testamento nulo

La visita que hizo la señorita Brisetout, á las diez y media de la noche; pareció muy natural á la Cibot, pero ésta tuvo tanto miedo de que la bailarina hablase de los mil francos que le había dado Gaudissart, que acompañó á la primera bailarina prodigándole cortesías y halagos como á una soberana.

—¡Ah! querida mía, está usted mucho mejor en su terreno que en el teatro—dijo Eloísa subiendo la escalera.—Le aconsejo que permanezca en su empleo.

Eloísa, llevada en coche por Bixiou, su amigo del corazón, estaba magníficamente vestida, pues iba á una velada de Marieta, una de las primeras bailarinas de la ópera. El señor Chapoulot, antiguo comerciante de pasamanería de la calle de San Dionisio, el inquilino del primer piso, que volvía con su hija del Ambigu Cómico, quedó asombrado, al igual que su mujer, de encontrar semejante vestido y una criatura tan bonita en su escalera.

—¿Quién es esa, señora Cibot?—preguntó la señora Chapoulot.

—¡Una nadie!... una saltarina á quien se puede ver todos los días casi desnuda por dos pesetas—respondió la portera al oído á la antigua pasamanera.

—¡Victorina!—dijo la señora Chapoulot á su hija—¡hija mía, deja pasar á la señora!

Este grito de madre asustada fué comprendido por Eloísa, que se volvió.

—¿Es peor, pues, su hija que la yesca, señora, para que tema usted que se incendie tocándome?

Eloísa miró al señor Chapoulot con aire agradable y sonriente.

—¡Es muy bonita en la calle!—dijo el señor Chapoulot quedándose en el descansillo.

La señora Chapoulot dió un gran pellizco á su marido y le empujó hacia dentro del piso.

—He aquí un piso segundo que parece un cuarto—dijo Eloísa.

—Sin embargo, la señorita está acostumbrada á subir—dijo la Cibot abriendo la puerta de la habitación.

—Y bien, viejo mío—dijo Eloísa entrando en la habitación, donde vió al pobre músico extendido, pálido y demacrado—¿no está usted mejor? Todo el mundo se interesa por usted en el teatro; pero ya sabe usted que, aunque haya buen corazón, cada uno tiene sus ocupaciones, y no le queda libre una hora para ir á ver á sus amigos. Gaudissart habla todos los días de venir á verle, y todas las mañanas se ve atareado por asuntos de la administración. Sin embargo, todos le queremos.

—Señora Cibot—dijo el enfermo,—hágame el favor de dejarnos solos con la señorita, tenemos que hablar del teatro y de mi plaza de director de orquesta... Smuke la acompañará.

Smuke, á una señal de Pons, puso á la Cibot á la puerta y corrió las cortinas.

—¡Ah! ¡granuja de alemán! ¡él también se contagia!—se dijo la Cibot al oír aquel ruido significativo—y es el señor Pons quien le enseña esos horrores. Pero ya me pagarán ustedes esto, amiguitos míos—añadió bajando las escaleras.

—¡Bah! si esa saltimbanqui le habla de los mil francos, le diré que es una farsa del teatro...

Y se sentó á la cabecera de Cibot, que se quejaba de tener fuego en el estómago, pues Remonencq acababa de darle de beber en ausencia de su mujer.

—Mi querida hija—dijo Pons á la bailarina, mientras que Smuke despedía á la Cibot,—no me fio más que de usted para que me escoja un notario honrado que venga mañana por la mañana, á las nueve y media, á hacer mi testamento. Quiero dejar toda mi fortuna á mi amigo Smuke. Si este pobre alemán fuese objeto de persecuciones, cuento con ese notario para que le aconseje y le defienda. He aquí por qué deseo un notario considerado, muy rico, y muy por encima de las consideraciones que hacen torcerse á la gente de leyes; pues mi pobre legatario debe hallar un apoyo en él. Desconfío de Berthier, sucesor de Cardot, y usted que conoce á tanta gente...

—¡Eh! ya tengo lo que necesitas—dijo la bailarina,—el notario de Florina, de la condesa de Bruel, Leopoldo Hannequin, un hombre virtuoso que no sabe lo que es una entretenida. Es como un padre de la casualidad, un buen hombre que le impide á uno hacer tonterías con el dinero que gana; le llamo el padre de las ratas, pues ha inculcado principios de economía á todos sus amigos. Primeramente, querido mío, tiene sesenta mil francos de renta, además de su estudio. Es notario, cuando camina y cuando duerme; y ha debido hacer unos notarillos y unas notarillas... En fin, es un hombre pesado y pedante; pero un hombre que no cede ante ningún poder cuando está en sus funciones... No ha tenido nunca ninguna *ladrona*. ¡Es padre de familia fósil! y es adorado por su mujer, que no le engaña, á pesar de ser mujer de notario. ¿Qué quieres? no se encuentra otro notario como él en París. Es patriarca; no es extravagante y divertido como lo era Cardot con Málaga. Mañana por la mañana, á las ocho, veré á mi hombre... Puedes dormir tranquilamente. Además, espero que curarás, y que nos harás aún música bonita; pero, mira, después de todo, la vida es bien triste, los empresarios regatean, los reyes son mezquinos, los ministros embrollan, las gentes ricas economizan... Los artistas no tienen ya de esto—dijo golpeándose el corazón,—dan ganas de morir... ¡Adiós, viejo mío!

—Ante todo te exijo la mayor discreción, Eloísa.

—Esto no es asunto del teatro—dijo ella,—esto es sagrado para una artista.

—¿Quién es ahora tu señor, hija mía?

—El alcalde del distrito, el señor Baudoyer, un hombre tan estúpido como el difunto Crevel; pues ya sabes, Crevel, uno de los antiguos comanditarios de Gaudissart, ha muerto hace algunos días, y no me ha dejado nada, ni siquiera un pote de pomada. Esto es lo que hace que te diga que nuestro siglo es desagradable.

—¿Y de qué ha muerto?

—¡De su mujer!... Si hubiese seguido conmigo, viviría aún. ¡Adiós, viejo mío! si te hablo de muerte, es porque te veo dentro de quince días pasear por el bulevar y olfateando bonitas curiosidades, pues tú no estás enfermo, nunca te he visto los ojos tan vivos como ahora...

Y la bailarina se fué segura de que su protegido conservaría para siempre la batuta de director de orquesta. Garangeot era primo hermano suyo. Todas las puertas estaban entreabiertas, y todos los vecinos que estaban levantados vieron pasar á la bailarina. Esto fué un acontecimiento para toda la casa.

Fresal, semejante á esos dogos que no sueltan el pedazo donde han hincado el diente, estaba estacionado en la portería al lado de la Cibot, cuando la bailarina pasó por la puerta cochera y pidió que le abriesen la puerta. Sabía que el testamento estaba hecho y venía á sondear las disposiciones de la portera, pues el notario Trognon se había negado á decir una palabra acerca del testamento, lo mismo á Fresal que á la Cibot. Como es natural, el hombre de leyes miró á la bailarina y se prometió sacar partido de aquella visita *in extremis*.

—Mi querida señora Cibot—dijo Fresal,—ya llega para usted el momento crítico.

—¡Ah!... sí—dijo ella—¡mi pobre Cibot!... ¡cuando pienso que no gozará de lo que tal vez voy á poseer yo ahora...

—Se trata de saber si el señor Pons le ha dejado á usted algo, en fin, de si la ha olvidado á usted ó no en el testamento—dijo Fresal continuando.—Represento á los herederos naturales y usted no obtendrá nada en todos los casos, más que de ellos... El testamento es ológrafo y, por consiguiente, muy atacable... ¿Sabe usted dónde lo ha colocado?

—En un escondite del secreter, y ha cogido la llave—respondió ella,—la ha anudado á su pañuelo y la ha metido debajo de la almohada... Lo he visto todo.

—¿Está sellado el testamento?

—¡Ay de mí! ¡sí!

—Sería un crimen el sustraer un testamento y suprimirlo; pero no es un delito el guardarlo; y en todo caso, ¿eso qué importa? son pecadillos que no tienen testigos. ¿Tiene el sueño pesado nuestro hombre?

—Sí, pero cuando quiso usted examinarlo y valorarlo todo, dormía como una marmota y se despertó... Sin embargo, voy á verlo. Tengo que ir esta mañana á las cuatro á relevar al señor Smuke, y si quiere usted venir, tendrá usted el testamento durante diez minutos...

—Está bien, comprendido, me levantaré á eso de las cuatro y llamaré bonitamente...

—La señorita Remonencq, que me reemplazará al lado de Cibot, estará prevenida, y tirará del cordón; pero llame á la puerta para no despertar á nadie.

—Entendido—dijo Fresal;—tendrá usted luz, ¿verdad? una vela me bastará...

Á las doce de la noche, el pobre alemán, sentado en un sofá y anonadado por el dolor, contemplaba á Pons, cuyo rostro crispado, como lo está el de un moribundo, se hundió de tal modo, después de tantas fatigas, que parecía que iba á morir.

—Pienso que tendré fuerzas para tirar hasta mañana por la noche—dijo Pons con filosofía,—mi pobre Smuke, mi agonía empezará mañana por la noche. Cuando el notario y tus dos amigos se hayan marchado, irás á buscar á nuestro buen cura Duplanty, el vicario de la iglesia de San Francisco. Este digno hombre no sabe que estoy enfermo, y quiero recibir los santos sacramentos mañana al mediodía (aquí hizo una larga pausa). Dios no ha querido que mi vida fuese tal como yo la soñaba—continuó Pons,—¡hubiese amado tanto á una mujer, á mis hijos, á una familia!... ¡Ser querido por varios seres, en un rincón, era toda mi ambición! La vida es amarga para todo el mundo, porque he visto á gente que poseía todo lo que yo en vano he ambicionado y no se consideraban felices. Al final de mi carrera, el buen Dios me ha proporcionado un consuelo inesperado dándome un amigo como tú. Así que no puedo reprocharme el no haberte conocido ó apreciado mal, mi buen Smuke; te he dado mi corazón y todas mis fuerzas amantes... No llores, Smuke, ó si no me callaré... Es tan dulce para mí hablarte de nosotros... Si

te hubiese escuchado no me moriría. Si hubiese abandonado el mundo y mis costumbres no hubiese recibido heridas mortales. En fin, no quiero ocuparme más que de ti.

—Haces mal...

—No me contraríes, escúchame, querido amigo... Tienes la inocencia y el candor de un niño de seis años que no hubiese abandonado el regazo de su madre, eso es muy respetable, y me parece que Dios debe cuidarse de los seres que se parecen á ti; sin embargo, los hombres son tan malos, que debo prevenirte contra ellos. Vas á perder tu noble confianza, tu santa credulidad, esa gracia de las almas puras que no pertenece más que á los hombres de genio y á los corazones como el tuyo... Pronto verás á la señora Cibot, que nos ha observado por la abertura de la puerta, venir á coger ese falso testamento... Presumo que la granuja hará la expedición esta madrugada, cuando te crea dormido. Escúchame bien y sigue mis instrucciones al pie de la letra... ¿Me oyes?—preguntó el enfermo.

Smuke, anonadado por el dolor y presa de horrible palpitación, había dejado caer su cabeza sobre el respaldo de la butaca y parecía desmayado.

—Sí, te oigo; pego como si estuviese á doscientos pasos de ti... me paguece que me hundo contigo en la tumba—dijo el alemán, á quien el dolor ahogaba.

Se acercó á Pons, le tomó una mano que colocó entre las suyas, é hizo, en esta posición, mentalmente una ferviente plegaria.

—¿Qué es lo que mascullas en alemán?

—¡He gogado á Dios que nos llame juntos!...—respondió sencillamente después de haber acabado su rezo.

Pons se inclinó penosamente, pues sufría dolores intolerables en el hígado. Pudo bajarse hasta Smuke y le besó en la frente, desahogando su alma como una bendición en aquel ser comparable al cordero que reposa á los pies de Dios.

—Vamos, escúchame, mi buen Smuche, es preciso obedecer á los moribundos...

—Escucho.

—Tu habitación se comunica con la mía por una puertecilla de tu alcoba que da á uno de los gabinetes de la mía.

—Sí, pego está obstruida por los cuadros.

—Desembaraza la puerta al instante, sin hacer ruido.

—Sí.

—Desembaraza el paso por los dos lados, tanto en tu habitación como en la mía; después dejarás entreabierta la puerta de tu habitación. Cuando la Cibot venga á reemplazarte á mi lado (es capaz de venir una hora antes), te irás como de ordinario á dormir, y fingirás estar muy cansado. Procura parecer dormido... Cuando se siente en la butaca, pasa por tu puerta y quédate en observación, ahí, entreabriendo la cortinilla de muselina de esa puerta vidriera, y mira bien lo que pasará... ¿Me entiendes?

—Te he comprendido, ¿crees que tu malvada quemagá el testamento...

—No sé lo que hará, pero estoy seguro que no la tendrás más por un ángel. Ahora, toca algo, alégrame con alguna de tus inspiraciones... Esto te distraerá y perderás tus ideas sombrías y pasarás esta noche triste con tus poemas...

Smuke se sentó al piano, y al cabo de algunos instantes, la inspiración musical, excitada por el temblor del dolor y la irritación que éste le causaba, condujo al buen alemán, según su costumbre, fuera del mundo. Encontró temas sublimes, con los cuales bordó caprichos ejecutados tan pronto con el sentimiento y la perfección rafaelesca de Chopin, como con la fuga y el grandioso dantesco de Liszt, las dos organizaciones musicales que se aproximaban más á la de Paganini. Una vez llegada la ejecución á este grado de perfección, pone, en apariencia, al ejecutante á igual altura que el poeta, es aquel al compositor lo que el actor es al autor, un divino traductor de las cosas divinas. Pero, aquella noche, en que hizo oír por adelantado á Pons los conciertos del paraíso, aquella deliciosa música que hacía caer los instrumentos de las manos á santa Cecilia, fué á la vez Beethoven y Paganini, el creador y el intérprete. Inagotable como el ruiseñor, sublime como el cielo bajo el cual canta, variado, frondoso como el bosque que llena con sus trinos, se excedió y sumió al viejo músico que le escuchaba, en el éxtasis que Rafael ha pintado y que se ve en Bolonia. Esta poesía fué interrumpida por una horrible llamada. La criada de los inquilinos del primer piso vino á rogar á Smuke, de parte de sus amos, que acabase aquella algazara. La señora, el señor y la señorita Chapoulot se habían despertado, y no podían volver á conciliar el sueño, y le hacían observar que el día era demasiado largo para repetir la música del teatro,

y que en una casa del Marais no se debía tocar el piano por la noche... Eran cerca de las tres de la madrugada. Á las tres y media, según las previsiones de Pons, que parecía haber oído la conferencia de Fresal con la Cibot, la portera se presentó. El enfermo dirigió á Smuke una mirada de inteligencia que quería decir:—¿No he adivinado?—Y se colocó en la actitud de un hombre que duerme profundamente.

Creía tan ciegamente la Cibot en la inocencia de Smuke, y este es uno de los mayores medios y el éxito de todas las astucias de la niñez, que no pudo sospechar que la engañase cuando fué á decirle con aire doliente y alegre á la vez:

—¡Ha tenido una noche *hoguible*, de agitación diabólica! Me he visto obligado á *tocag* el piano *paga calmagdle*, y los inquilinos del *primeg* piso han subido á *decigme* que me callase... Esto es *hoguible*, pues se trataba de la vida de mi amigo. Estoy tan cansado *pog habeg* tocado toda la noche, que no puedo *tenegme* en pie.

—Mi pobre Cibot va también mal, y con un día más como el de hoy, ya no habrá esperanzas... ¿qué quiere usted? ¡hágame la voluntad de Dios!

—Tiene usted un *cogazón* tan *hongado*, un alma tan *hegmosa*, que si el papá Cibot *muegue*, *viviguemos* juntos—dijo el astuto Smuke.

Cuando las gentes rectas y sencillas quieren disimular, son terribles como los niños, cuyos lazos son tendidos, con la perfección que despliegan los salvajes.

—Pues bien, váyase á dormir, ángel mío—dijo la Cibot. —Tiene usted los ojos tan cansados, que están gordos como paños. ¡Vaya! lo que podría consolarme de la pérdida de Cibot, sería el pensar que acabaría mis días con un hombre bueno como usted. No pierda cuidado, yo reñiré á la señora Chapoulot... ¿Es que puede tener semejantes pretensiones una pasamanera retirada?

Smuke fué á colocarse en observación en el puesto que se había arreglado. La Cibot había dejado la puerta de la habitación entreabierta, y Fresal, después de haber entrado, la cerró con cuidado, una vez que Smuke se hubo encerrado en su cuarto. El abogado iba provisto de una vela encendida y de un alambre excesivamente delgado para levantar los sellos del testamento. La Cibot pudo coger tanto mejor el pañuelo á que estaba anudada la llave del secreter,

que estaba debajo de la almohada de Pons, cuanto que el enfermo había dejado asomar intencionadamente el pañuelo y se prestaba á la maniobra de la Cibot, teniendo la cabeza al otro lado de la almohada para facilitar mejor su operación. La Cibot fué derecha al secreter, lo abrió procurando hacer el menor ruido posible, encontró el resorte del escondite, y corrió al salón con el testamento en la mano. Esta circunstancia intrigó á Pons en alto grado. Respecto á Smuke, temblaba de pies á cabeza como si hubiese cometido un crimen.

—Vuelva usted á su sitio—dijo Fresal, recibiendo el testamento de manos de la Cibot,—porque si se despertase, es preciso que la encuentre allí.

Después de haber quitado los sellos al sobre con una habilidad que probaba que no era la primera vez que lo hacía, Fresal, con profundo asombro, leyó el siguiente curioso documento:

«ESTE ES MI TESTAMENTO

»Hoy, 15 de abril del año 1845, estando sano de espíritu, como lo demuestra este testamento, redactado de concierto con el señor Trognon, notario, y sintiendo que debo morir próximamente de la enfermedad de que estoy atacado desde principios de febrero último, he debido, creyendo disponer de mis bienes, trazar mis siguientes últimas voluntades.

»Siempre me ha llamado la atención los inconvenientes que tienen las obras maestras de pintura, y que con frecuencia acarrear su destrucción; me conduelo de que las hermosas telas estén condenadas á viajar siempre de país en país, sin estar jamás fijas en un lugar donde los admiradores de estas obras maestras puedan ir á verlas. He pensado siempre que las páginas verdaderamente inmortales de los famosos maestros deberían ser propiedades nacionales, y puestas incesantemente ante los ojos de los pueblos, como la luz, obra maestra de Dios, sirve á todos sus hijos. Ahora bien, como he pasado mi vida en escoger y reunir algunos cuadros, que son gloriosas obras de los maestros más grandes, y como esos cuadros están completamente sanos, sin retoques ni restauraciones, no he podido pensar sin pena en que estas telas, que han hecho la felicidad de mi vida, podrían ser vendidas en subasta; ir las unas á Inglaterra, las otras á Rusia, dispersas como lo estaban antes de reunirse en mi casa; he resuelto sustraerlas á estas miserias, lo mismo que

los magníficos marcos que les sirven de orla, y que son debidos todos á notables artistas.

»De suerte que por estos motivos, doy y lego al Rey, para que formen parte del museo del Louvre, los cuadros que componen mi colección, caso de que sea aceptado el legado de dar á mi amigo Wilhelm Smuke una renta vitalicia de dos mil cuatrocientos francos.

»Si el Rey, como usufructuario del museo, no acepta este legado con dicha condición, los dichos cuadros formarán entonces parte del legado que hago á mi amigo Smuke de todos los valores que poseo, con la condición de entregar la cabeza de moro, de Goya, á mi primo, el presidente Camusot; el cuadro de flores, de Abrahán Mignon, compuesto de tulipanes, al notario señor Trognon, á quien nombro mi albacea, y de pasar doscientos francos de renta á la señora Cibot, que cuida mi casa desde hace diez años.

»Finalmente, mi amigo Smuke dará el Descendimiento de la cruz, de Rubens, boceto de su célebre cuadro de Amberes, á mi parroquia, para adornar con él una capilla, en agradecimiento á las bondades del vicario señor Duplanty, á quien debo el poder morir en el seno del Catolicismo, etc.»

—¡Es la ruina!—se dijo Fresal—¡la ruina de todas mis esperanzas! ¡Ah! ¡empiezo á creer todo lo que me ha dicho la presidenta de la malicia de ese viejo artista!...

—Y bien ¿qué hay?—vino á preguntarle la Cibot.

—Su señor es un monstruo, lo deja todo al museo, al Estado. ¡Y contra el Estado no se puede pleitear! ¡El testamento es inatacable! ¡Somos robados, arruinados, despojados, asesinados!...

—¿Qué me ha dejado?

—Doscientos francos de renta vitalicia.

—¡Vaya una cosa!... ¡Pero suerte que se muere!

—Vaya usted á dar una mirada—dijo Fresal,—que voy á meter el testamento en el sobre.

CAPITULO XXVI

Donde reaparece la mujer Salvaje

Tan pronto como la señora Cibot volvió la espalda, Fresal substituyó por una hoja de papel blanco el testamento, y metió éste en el bolsillo; después volvió á cerrar el sobre